

deración sobre el significado de los términos éticos que emplea en su análisis, lo que es rigurosamente contrario a los supuestos que habían servido de punto de partida.—E. T. G.

EWING (Alfred Cyril): *Recent Tendencies in Moral Philosophy in Great Britain*, en «*Zeitschrift für Philosophische Forschung*», Band IX, Heft, 2, 1955, Meisenheim/Glan, páginas 337-347.

Pretendemos en este artículo delinear brevemente los puntos básicos de doctrina moral sobre los que más discuten actualmente los teóricos en Gran Bretaña. En nuestro siglo, el libro de G. E. Moore ha sido el que ha abierto una etapa revolucionaria en estas materias. Sostiene Moore que lo bueno es una cualidad indefinible, ya que toda definición implica la reducción a juicios de hecho, y siendo los juicios morales juicios de valor, tal deducción resulta por completo imposible. Según este punto de vista, la autonomía de la ética adquiere un peculiar sentido, ya que su campo autónomo hay que trazarlo desde los juicios de valor. Moore ataca de modo directo a los que tienden a reducir lo bueno a un concepto de fundamento fisiológico, biológico o, en términos generales, científico-natural, tendencia a la que se le podría llamar naturalista, y va también contra los que pretenden reducir el concepto de lo bueno a algo puramente metafísico, intentando encontrar lo bueno en sí como una entidad absoluta. Desde el punto de vista de Moore, pues, no hay ni naturalismo ético ni metafísicismo ético. Según Moore, toda proposición ética pertenece a uno de estos conceptos: bien lo bueno se reconoce inmediatamente por sí mismo o bien se expresan proposiciones derivadas de un modo parecido a como la ley de la causalidad actúa en el mundo natural. Estas teorías de Moore encontraron en Gran Bretaña una fuerte oposición, tanto por parte de los seguidores del utilitarismo como por parte de los metafísicos puros. En principio, se dice, ¿cómo es posible distinguir en la teoría de Moore un juicio verdadero de un juicio falso? La verdad y la falsedad tendrían determinadas valoraciones que las harían puramente arbitrarias, que es tanto como caer en un cierto amoralismo en lo que se refiere

a la determinación de lo verdadero y de lo falso. Por otra parte, decir que lo bueno es indefinible no es un hecho absolutamente verificado, es una opinión, y, además, el concepto de deber que sigue a la visión de lo bueno no se agota en una valoración, sino que tiene muchos otros aspectos, tales como el consentimiento, y antes del consentimiento la argumentación. En la teoría de Moore la argumentación es difícil, ya que argumentar implica una cierta racionalización. Los utilitaristas acentúan el sentido social del bien y de lo bueno recurriendo a sus argumentos habituales y alegando, por consiguiente, que la indefinibilidad del bien tiene perspectivas distintas según las situaciones sociales y, sobre todo, que una actitud general en pro de la no definición vendría a corroborar el punto de vista utilitario del consentimiento. Queda, pues, abierta una discusión en torno a la definición de lo bueno, del bien moral en sí, del concepto de deber y del alcance lógico de los juicios éticos. Este último punto de vista va implicado incluso en el análisis de las proposiciones primarias y secundarias que distingue Moore.—E. T. G.

FRIEDMAN (Lawrence): *Psychoanalysis and the Foundation of Ethics*, en «*The Journal of Philosophy*», vol. LII, número 1, 1956, New York, págs. 15-20.

El psicoanálisis ha dado una nueva fundamentación a la teoría ética y, por consiguiente, ha contribuido a resolver el problema fundamental de qué normas morales tienen un carácter absoluto y fundamental y cuáles lo tienen relativo e instrumental. La doctrina psicoanalítica ha fundamentado el supuesto de que existen los valores en conexión con la situación que caracteriza al ser humano en su ambiente familiar. Esta explicación no pretende decir qué sean los valores, simplemente esclarece el proceso de su aplicación y reconocimiento.

El ser humano aparece en una determinada familia y respondiendo, por consiguiente, a un medio social y cultural muy próximo y concreto. Este medio se constituye fundamentalmente en aprobaciones y desaprobaciones a la conducta del niño, de modo que éste crece entre unos sistemas positivos y negativos que deciden lo que es lícito y lo que no lo es. En el fondo, el mundo del niño se

estructura en el orden normativo como un sistema automático de prohibiciones y autorizaciones.

Precisamente, al margen de este sistema que prohíbe y autoriza, el niño conserva una cierta independencia de inclinaciones que entra en el conflicto con las estructuras normativas y que vendrán, como consecuencia de tal conflicto, a caracterizar lo bueno y lo malo. En la mayor parte de los casos lo malo viene a recluirse en el mundo de la espontaneidad creadora del niño, y lo bueno se organiza de acuerdo con el sistema de normas prohibitivas. De este modo, van organizándose los contenidos de conciencia de tal modo, que en ellos encajarán las estimaciones valorativas según los diversos matices que cada educación haya impuesto. La teoría psicoanalítica ha descubierto este subsuelo reprimido, y, para lograr un estudio efectivo de tales represiones, ha aplicado el método de la introspección, cuyo método consiste en la auto-averiguación por el propio sujeto de los subsuelos de la personalidad, en donde el mundo de las represiones actúa. De esta manera, en esa amplia zona que constituye el infraevo, la ética encuentra una cierta fundamentación, y la doctrina psicoanalítica y la práctica del psico-análisis se han hecho inexcusables como guía y orientación de las investigaciones filosóficas. En un orden concreto, el nuevo método permite iluminar acerca de cómo se puede pasar en el campo de la ética de lo individual a lo colectivo, en lo que respecta a su fundamentación. El concepto de deber y sus contrarios, lo mismo que el de lo bueno y el de lo malo, se han reducido y al mismo tiempo ampliado por la contribución de la doctrina del psicoanálisis.—E. T. G.

GIRALDI (Giovanni): *L'entusiasmo nella morale e nell'arte*, en «Il Saggiatore», año V, núm. 1, enero-marzo 1955, páginas 41-69.

No teníamos todavía una investigación orgánica y racional sobre el entusiasmo. El tema no sólo tiene interés como distracción intelectual, sino que es especulativamente útil, porque los equívocos más imprecisos y las presunciones más ingenuas se ocultan en los pliegues de

este concepto seductor, pero insidioso. El concepto de entusiasmo tiene una historia. Reconstruirla es útil para precisar el contenido del concepto, pues quizás el entusiasmo no sea propiamente un concepto, sino una apariencia, un *qui pro quo*, una ilusión intelectual o, si se quiere, un sinónimo para cualificar los sectores para-rationales del espíritu humano; en efecto, bajo la denominación de entusiasmo encontramos el instinto, el furor poético, la intuición lírica pura, la fantasía, el sentimiento, etcétera. Aquellos que han escrito sobre el entusiasmo se han preocupado más de definirle que de precisar la terminología. En este error son incluibles no sólo los «entusiastas del entusiasmo», sino también aquellos que, como Shaftesbury, Voltaire, Diderot, etc., lo han mirado desde lejos con espíritu crítico y suspicaz. En el curso de nuestra investigación encontraremos el entusiasmo como problema ético-religioso y como problema estético a pesar de que hay ciertos autores que han negado uno u otro de los dos aspectos. En la consideración de algunos autores respecto del entusiasmo, se ha comentado la conexión entre éste y la ironía. El tema proviene de Shaftesbury, quien fué el primero que puso en conexión ambas ideas afirmando que el entusiasmo queda casi siempre corrompido por el poder de la ironía. En efecto, esta conexión plantea en cierto modo el tema de la posibilidad de la moral del entusiasmo. Parece que no hay una moral del entusiasmo ni una moral de la ironía, ni cualesquiera otra clase de moral, sino una sola moral. En el fondo al entusiasmo hay que recluirlo en las zonas de lo irracional y en este ámbito estudiar sus condiciones. Por lo pronto, el que haya una concepción idealista del entusiasmo, como desde Platón a Leopardi hemos visto no quiere decir que el fenómeno entusiasmo tenga un carácter de anormalidad. Al contrario, parece una actitud normal con causas normales perfectamente reconocibles en el orden psicológico. Que haya dos planos aptos para la expresión del entusiasmo, el plano teórico y el plano práctico, quiere decir que los esfuerzos por conocer qué sea el entusiasmo han llevado a una cierta mixtificación de su contenido irracional. Por conclusión se abre el tema de las relaciones entre entusiasmo y pedagogía y en qué medida la actitud entusiasta sea purificadora o deba ser purificada.—E. T. G.